

Fragmentos del discurso: “La ciencia como vocación” en “El político y el científico” de Max Weber (1919).

Distinguidos oyentes: en el terreno de la ciencia sólo posee personalidad quien se entrega pura y simplemente al servicio de una causa. Y esto no ocurre únicamente en el campo de la ciencia, pues no conocemos ningún artista realmente grande que haya hecho algo que no sea entregarse única y exclusivamente a su arte y sólo a él. Yo diría que incluso la personalidad de Goethe menoscabó el arte debido a la libertad de la que hizo uso, queriendo hacer de su propia vida una obra de arte. Quizás se ponga en duda esta afirmación, pero, en todo caso, hay que ser un Goethe para poder permitirse tal libertad, y nadie me negará que hasta un hombre de esa categoría, de los que sólo aparecen una vez cada mil años, tiene que pagar un precio por ella. Lo mismo sucede en lo que respecta a la política, de la que no hemos de tratar hoy.

En el terreno científico es absolutamente seguro que carece de personalidad quién se presenta en escena como empresario de la causa a la que debería servir, intenta legitimarse mediante su vivencia y continuamente se pregunta: ¿cómo podría yo demostrar que soy algo más que un simple especialista?, ¿cómo hacer para decir algo que en su forma o en su fondo nadie haya dicho antes que yo? Es esta una actitud muy generalizada que indefectiblemente empequeñece y que rebaja a quien se hace esta pregunta, mientras que, por el contrario, la entrega a una causa y sólo a ella eleva a quien así obra hasta la altura y dignidad de la causa misma. También en este punto ocurre lo mismo al científico y al artista, pero pese a la existencia de estas condiciones previas comunes, tanto a nuestro trabajo como al del esteta, el trabajo científico está sujeto a una finalidad distintiva que lo separa profundamente del trabajo artístico.

La labor científica, en efecto, está inmersa en la corriente del progreso, en tanto que en el terreno del arte no cabe hablar, por el contrario, del progreso en el mismo sentido. Es absolutamente refutable decir que la obra de arte de una época en la que se encuentran a su disposición nuevos medios técnicos y conocimientos mucho más profundos acerca de las leyes de la perspectiva sea, simplemente por esto, muy superior a otra obra ejecutada en tiempos en los cuales no existían dichos medios ni se tenía noción de tales leyes, siempre y cuando, claro está, que esta obra haya sido realizada materialmente con exactitud y según la forma debida, mejor dicho, que para ella se hubiera elegido y tratado su finalidad de acuerdo con las posibilidades artísticas, sin contar con esos medios y esas leyes. Una obra de arte, a la cual se considere en verdad acabada, no podrá jamás ser superada ni envejecerá nunca. Un individuo podrá estimar de distinto modo el valor que esta obra representa para él, en lo personal; sin embargo, de estar una obra verdaderamente lograda en sentido artístico, jamás podrá nadie decir de ella que alguien la supere con otra, así esté esta otra igualmente lograda..

Con respecto a la ciencia ocurre todo lo contrario. Sabemos muy bien que lo que hayamos producido se habrá vuelto arcaico dentro de diez, veinte o cincuenta años. Tal es el destino y el sentido del trabajo científico, a los que se encuentra sometido y entregado opuestamente a todos los demás elementos de la cultura, los cuales no se hallan sometidos a la misma ley. Cualquier logro de la ciencia implica nuevas cuestiones y tendrá que ser superado y envejecerá irremediabilmente. Quien quiera dedicarse a la ciencia debe contar con esto. Existen, claro está, realizaciones científicas que pueden conservar su importancia permanentemente en condición de instrumentos de deleite, dada su calidad artística, o como factores previos para el trabajo. Sea como fuere, debemos señalar una vez más que el hecho de ser superables debe considerarse no sólo como el destino de cada uno de nosotros, sino también la finalidad peculiar que nos es común a todos. Imposible se nos haría trabajar sin la esperanza de que habrá quienes lleguen más lejos que nosotros en un progreso que, por principio, no tiene fin. Hemos llegado, pues, al meollo de la cuestión del sentido de la ciencia. Efectivamente, no resulta fácil comprender que aquello que está sometido a esa ley tenga en sí sentido y sea en sí comprensible. ¿Por qué consagrarse a algo que, realmente, no tiene ni puede tener nunca fin? Como primera respuesta diremos que eso se ejecuta con un propósito práctico o, en términos más amplios, técnico, esto es: para que podamos enfocar nuestro proceder práctico en función de las expectativas que nos brinda la experiencia científica.

Naturalmente esta es una respuesta cabal, pero sólo tiene significación para el hombre práctico. Sin embargo, ¿cuál es la actitud interior del hombre de ciencia con respecto a su profesión? -siempre que se dedique a ella, claro está-. Él afirma que está consagrado a la ciencia por la ciencia, ajeno por entero a que otros vayan a lograr con ella triunfos técnicos o económicos, o alimentarse, vestirse, alumbrarse o mejor gobernarse. Ahora bien, ¿en qué sentido cree él que debe consagrarse a la creación de algo cuyo destino tiende necesariamente a envejecer, que debe abismarse en esta empresa fraccionada en parcelas de especialidades y sin una meta definitiva? Para contestar a esta pregunta se requieren algunas consideraciones de regla general.

El avance de la ciencia constituye una parte, la de mayor importancia, de ese proceso de dedicación a su cultivo al que estamos sometidos y frente al cual, por lo demás, se suele adoptar una actitud sumamente negativa en estos tiempos. Antes que nada, procuremos analizar con toda serenidad, desde el punto de vista práctico, el significado de esta racionalización intelectual operada a través de la ciencia y de la técnica dirigida científicamente. ¿Significa, tal vez, que hoy en día cada uno de los que —estamos reunidos en este recinto, por ejemplo, tiene una conciencia de sus propias condiciones de vida mucho más precisa que la que tenía un indio o tiene un hotentote? Eso es difícil que sea verdad. De no tratarse de un físico, cualquiera de los que viajan en un tranvía, sin duda no tendrá idea de cómo ni por qué se moviliza aquello. Mas, después de todo no necesita saberlo. Es suficiente para él contar con la conducción del tranvía y decidir así su propia manera de proceder, pero no se interesa por saber cómo se puede fabricar un tranvía que funcione. El salvaje tiene muchos más conocimientos que nosotros sobre los instrumentos que utiliza. Si se tratara de cómo emplear el dinero, me atrevería a apostar que, no

obstante encontrarse aquí algunos economistas, las respuestas serían distintas entre sí y tantas como las personas interrogadas acerca de por qué con una misma suma de dinero se pueden comprar, según sea la ocasión, cantidades muy diversas de una misma cosa. Sin embargo, el salvaje sabe muy bien de qué modo conseguirá el alimento de todos los días y cuáles son las instituciones a las que debe recurrir para que le ayuden a ello. Así pues, el progreso de la intelectualización y racionalización no representa un ascendente conocimiento global, de las condiciones generales de nuestra vida. El significado es otro: representa el entendimiento o la creencia de que, en un momento dado, en el momento que se quiera, es posible llegar a saber, por consiguiente, que no existen poderes ocultos e imprevisibles alrededor de nuestra existencia; antes bien, de un modo opuesto, que todo está sujeto a ser dominado mediante el cálculo y la previsión. Con eso queda al descubierto, sencillamente, que lo mágico del mundo está excluido. A la inversa del salvaje, el cual aún cree que tales poderes existen, nosotros no tenemos que valernos de medios que obren efectos mágicos para controlar a los espíritus O incitarlos a la piedad. Esto es algo que se puede lograr por medio de la técnica y la previsión. He ahí, en esencia, el significado de la intelectualización (...)

¿Qué podemos pensar de todo esto? Se nos ocurre preguntarnos: ¿es que el progreso en cuanto tal tiene un sentido al que se pueda conocer, que vaya más allá de lo meramente técnico, en cuya virtud su utilidad llegue a constituir una vocación significativa? Es ineludible el planteamiento de este problema, pues ya no atañe únicamente al de la vocación del científico, es decir al significado que la ciencia tiene para aquel que se consagra a ella; antes bien, se trata de algo distinto, esto es, definir qué es la vocación científica considerada en la vida entera de la humanidad y cuál es su valor. Llegados a este punto, sobresale la extraordinaria diferencia que existe entre los tiempos idos y el presente. Recordemos juntos la prodigiosa escena que Platón nos describe en el Libro Séptimo de La República. En una caverna se encuentra un grupo de hombres encadenados. Sus rostros están dirigidos frente a una pared de fondo y sus espaldas dan contra la luz, de modo que únicamente pueden ver las sombras proyectadas en el muro, tratando de descubrir la relación que existe entre ellas. Uno de los hombres consigue, por fin, romper las cadenas; se vuelve y dirige su mirada hacia el sol. Cegado, se mueve a tientas y avanza. Balbuceando, comienza a describir lo que ve. Los otros hombres lo llaman loco. Sin embargo, paulatinamente, el liberado se acostumbra a ver en la luz. Entonces, se impone la tarea de acudir allí donde permanecen sus compañeros, con objeto de liberarlos de sus cadenas y conducirlos hasta la luz. Este hombre representa al filósofo; la luz del sol es la verdad de la ciencia, que no persigue apariencias ni sombras, sino que va en busca del verdadero ser.

¿Hay quien tenga en la actualidad una actitud similar respecto a la ciencia? Diríamos que entre los jóvenes predomina más bien un sentimiento opuesto. Todas las estructuras intelectuales de la ciencia constituyen para la juventud actual un reino ultraterreno de abstracciones artificiales que trata, sin jamás lograrlo, de aferrar entre sus macilentas manos la sangre y la savia de la vida real. Precisamente lo que para Platón no era más que un juego de sombras en el muro es aquí, en la vida, el palpitar de la auténtica realidad. Fuera de eso, todo son fantasmas vacíos, que se apartan de la realidad. ¿Cómo es posible

que llegara a producirse este cambio? El fogoso entusiasmo que anima La República de Platón es explicable, finalmente, gracias al descubrimiento del concepto como una de las más eficaces herramientas del conocimiento científico (...)

Recapitulando. Dados estos supuestos y tomando nota de cuanto acabamos de decir, vemos cómo han zozobrado todas las ilusiones que veían en la ciencia el camino hacia el verdadero ser hacia el arte verdadero, hacia el verdadero Dios, hacia la felicidad verdadera. ¿Cuál es el sentido actual de la ciencia como vocación? La respuesta más acertada es la de Tolstoi, contenida en las siguientes palabras: *La ciencia carece de sentido, puesto que no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan, las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir.* Sería vano discutir el hecho de que, en realidad, la ciencia no responde a tales cuestiones. El meollo del problema está, sin embargo, en que no ofrece ninguna respuesta y en que no contribuye, en definitiva, a plantear adecuadamente tales cuestiones.

Actualmente suele hablarse con asiduidad de una ciencia sin supuestos previos. ¿Puede existir como tal? Todo depende, claro está, del sentido que se imprima a esta expresión. No hay trabajo científico que no tenga siempre como presupuesto la validez de la lógica y de la metodología, que son las disciplinas fundamentales, en lo general, de nuestra orientación en el mundo. Tales supuestos no suscitan, al menos en lo que toca a las cuestiones que nos ocupan, grandes problemas. Todo trabajo, sin embargo, tiene otro supuesto necesario en el orden de lo científico: el del resultado que con él se pretende obtener, en el sentido de lo que es digno de saberse. Naturalmente, con este supuesto se nos plantean de nuevo todos nuestros problemas, ya que a su vez no llega a ser demostrable científicamente. Lo único que podemos hacer es interpretarlo conforme a su sentido último, aceptándolo o rechazándolo, según sea la postura de cada uno frente a la existencia (...)

Pero, entonces, ¿llegará a tener sentido la aportación de la ciencia para aquellos a quienes los hechos les son indiferentes y para aquellos que sólo consideran la toma de posición en la práctica? Quizá sí. Por lo pronto, nos encontramos con que lo primero que el profesor debe proponerse es enseñar a sus discípulos a que acepten los hechos incómodos, es decir, aquellos hechos que a ellos les resultan incómodos para la corriente de opinión que comparten, y, en general, existen hechos de esta índole en todas las corrientes de opinión, sin exceptuar la mía propia. Cuando un profesor se impone ante su auditorio, obligándolo a ello, creo que le está procurando algo más que una simple aportación intelectual, ya que si dijera aportación ética sería, incluso, caer en la inmodestia, pese a que pueda parecer un patetismo exagerado para calificar algo evidentemente tan pueril.